



Apostolado del Oratorio

Meditación de los Primeros Sábados

3er Misterio Glorioso – Julio – 2014

Proclamación del Reino y la invitación a la conversión



Introducción

Vamos a dar inicio a la meditación reparadora de los primeros sábados de mes, que nos fue pedida por Nuestra Señora, cuando apareció en Fátima en 1917. Ella pedía que comulgásemos, recemos el rosario, y hagamos la meditación de un

misterio del Rosario, confesarnos en Reparación a su Sapiencial e Inmaculado Corazón. Para los que hicieran esta devoción, Ella prometió gracias especiales de salvación eterna.

El Evangelio de hoy narra el apego de los discípulos de San Juan Bautista y de los fariseos a las antiguas prácticas judías. Tal postura del alma les llevaba a una actitud de incomprensión para con la propagación de la Buena Nueva y para con las actitudes del Mesías. Nos hace recordar la parábola del hijo pródigo, enseñada por Jesús como objetivo el demostrar la extensión de su misericordia, respondiendo a la crítica de los fariseos y maestros de la ley, que lo acusaban de acoger a los pecadores.

Composición de Lugar:

Como composición de lugar, nos debemos imaginar entre los discípulos de Nuestro Señor escuchándolo pregonar majestuosamente al pueblo, enseñándole el verdadero camino para el Reino de los Cielos.

Oración Preparatoria:

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Evangelio de San Lucas, capítulo 15, versículos 1-4, 11 a 32.

1. Se acercan a Él todos los publicanos y pecadores para oírle, 2. y los fariseos y escribas murmuraban diciendo: «Este acoge a los pecadores y come con ellos. » 3. Les propuso esta parábola diciendo:

4. «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las 99 en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? 5. Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros; 6. y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: "Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido." 7. Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión.

11. Y añadió: «Un hombre tenía dos hijos; 12. y el más joven de ellos al padre: "Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde." Les dividió la hacienda. 13. Y pasados pocos días, el más joven reuniéndolo todo, partió a una tierra lejana, y allí disipó todo su hacienda viviendo disolutamente. 14. Después de haberlo gastado todo sobrevino una fuerte hambre en aquella tierra, y comenzó a sentir necesidad. 15. Fue y se puso a servir a un ciudadano de aquella tierra, que le mandó a sus campos a apacentar puercos. 16. Deseaba llenar su estómago de las algarrobas que comían los puercos y no le era dado. 17. Volviendo en sí mismo, dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre! 18. Me levantaré, e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. 19. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros." 20. Y, levantándose, se vino a su padre. «Cuando aún estaba lejos, vio el padre y,

compadecido, corrió a él y se arrojó a su cuello y le cubrió de besos. 21. Dijole el hijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo." 22. Pero el padre dijo a sus criados: "Pronto, traed la túnica más rica y vestídsela, poned un anillo en su mano y unas sandalias en sus pies. 23. Y traed un becerro cebado y matadlo, y comamos y alegrémonos, 24. porque este mi hijo, que había muerto ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado." Y se pusieron a celebrar la fiesta. 25. «El hijo mayor se hallaba en el campo y, cuando, de vuelta, se acercaba a la casa, oyó la música y las coros; 26. y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. 27. El le dijo: "Ha vuelto tu hermano y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, porque le ha recobrado sano." 28a. Él se enojó y no quería entrar, 28b. pero su padre salió y le llamó. 29. Él respondió y dijo a su padre: "¡Hace ya tantos años que te sirvo, sin jamás haber traspasado tus mandatos, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos; 30. y al venir este hijo tuyo, que ha consumido su fortuna con meretrices, le matas un becerro cebado!" 31. «Él le dijo: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todos mis bienes tuyos son; 32. mas era preciso hacer fiesta y alegrarse, porque este tu hermano estaba muerto, y ha vuelto a la vida; se había perdido, y ha sido hallado."» (Lc 15, 11-32).



I - EL PADRE ENTREGA LOS BIENES

11. Y añadió: «Un hombre tenía dos hijos; 12. y el más joven de ellos al padre: "Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde." Les dividió la hacienda.

El padre, sin duda, fue tomado por un profundo disgusto al recibir el pedido del hijo menor. Aquello indicaba la intención del joven de abandonar la casa paterna – pues solo en este caso se hacía la repartición de la herencia antes de la muerte del padre. El padre, experimentado en años, ya había notado en el hijo la perturbación por las pasiones desordenadas. Con dolor, previó los caminos tortuosos por los cuales el joven se dirigía, entre tanto, percibiendo ser imposible hacerlo cambiar de opinión de su decisión, no tomó ninguna actitud para impedirle y le entregó la parte de la fortuna que le correspondía.

Y así es exactamente como Dios obra en nosotros: nos concede en abundancia sus gracias y dones, a pesar de conocer perfectamente el mal uso que podremos hacer de esos bienes, valorándolos poco, dejando de lado o incluso utilizarlos para el pecado.

Paciencia: uno de los nombres de la misericordia

13. Y pasados pocos días, el más joven reuniéndolo todo, partió a una tierra

lejana, y allí disipó todo su hacienda viviendo disolutamente.

El hijo cambió la inocencia de la casa por la vida disoluta. Imagen expresiva de todos los bautizados que, sin tener en cuenta la condición de hijos de Dios, abandonan el estado de gracia para cometer un falta grave! Desperdiciando el tesoro sobrenatural entregado por el Padre celestial, prefieren el placer fugaz del pecado a la felicidad de estar con Dios y María en la eternidad.

A su vez, en ningún momento el padre del joven se olvidó o perdió la esperanza de encontrarlo nuevamente. Es posible imaginar la cantidad de veces que el buen hombre elevó al cielo afligido sus oraciones por su conversión. Del mismo modo reacciona Dios cuando lo ofendemos: en su bondad nunca nos desampara, incluso cuando nos alejamos de Él por el pecado. Reflexionando sobre esta clemencia, escribe San Alfonso María de Ligorio: "Si usted hubiera insultado a un hombre como insulta a Dios, incluso si era su mejor amigo o incluso su propio padre, no tendría otra respuesta que no sea la venganza. Cuando ofendiste a Dios, podría haberte castigado en el mismo instante; volviste a ofenderlo y en lugar de castigarte, te devolvió bien por mal, te conservó la vida, te rodeó de todos sus cuidados providenciales, fingió no ver los pecados con la esperanza de que te se enmendaras y cesaras de injurarlo".¹

En la extrema decadencia, recuerda la bondad del padre

14. Después de haberlo gastado todo sobrevino una fuerte hambre en aquella tierra, y comenzó a sentir necesidad. 15. Fue y se puso a servir a un ciudadano de aquella tierra, que le mandó a sus campos a apacentar puercos. 16. Deseaba llenar su estómago de las algarrobas que comían los puercos y no le era dado.

El joven, otrora rico, se convirtió en un mendigo hambriento, cuya situación desesperada hizo aceptar el humilde trabajo de un criador de cerdos. Es un símbolo de la miseria completa a la que el pecado mortal reduce el alma, arrancando todos los méritos y por lo tanto merecedora del infierno, realidad tan más terrible que la del hijo pródigo. "No hay un desastre o calamidad pública o privada que se puede comparar a la ruina causada en el alma por un sólo pecado mortal. Es como un colapso instantáneo de nuestra vida sobrenatural, un verdadero suicidio del alma de la vida de la gracia".²

No es raro, sin embargo, Dios permitir que el pecador caiga en este ínfimo estado para luego hacer nacer en su alma las saudades de la inocencia perdida.

17. Volviendo en sí mismo, dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre! 18. Me levantaré, e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. 19. Ya no soy digno de ser llamado

¹ SANTO AFONSO MARIA DE LIGÓRIO. Obras Ascéticas. Madrid: BAC, 1954, t.II, p.697.

² ROYO MARÍN, OP, Antonio. Teología de la salvación. 3.ed. Madrid: BAC, 1965, p.68-69.

hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros."

Sólo entonces, en medio de la frustración amarga del pecado, el joven empezó a reflexionar contrastando la penuria en que se encontraba con la abundancia de la casa paterna. Se acordó de la bondad y el afecto del padre, el mayor bien perdido con sus desarreglos.

Nunca se habría decidido a abandonar el pecado si no hubiese la acción de la gracia en el alma, pues es imposible que el hombre se convierta exclusivamente movido por la propia fuerza de su voluntad, como señala San Agustín: *"Nadie se arrepiente de su pecado si no hubiera un llamado de Dios"*.³

II - LA INESPERADA ACOGIDA

20. Y, levantándose, se vino a su padre. «Cuando aún estaba lejos, vio el padre y, compadecido, corrió a él y se arrojó a su cuello y le cubrió de besos.

Esta escena conmovedora narrada por Jesús representa, de forma significativa, la acogida del Padre celestial para las almas arrepentidas, que no es sino una manifestación vigorosa de su amor infinito. *"Con qué ternura Dios abraza al pecador que se arrepiente! [...] Es el Padre que al regresar el hijo perdido, salió a su encuentro, lo abraza, lo besa, y al recibirlo, no puede contener la alegría que lo embarga. [...] En cuanto el pecador se arrepiente, se le perdonarán sus pecados y [Dios] se olvida de ellos, como si nunca lo hubieran ofendido"* ⁴ - resalta San Alfonso María de Ligorio.

Alegría por el regreso del hijo

21. Díjole el hijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo." 22. Pero el padre dijo a sus criados: "Pronto, traed la túnica más rica y vestídsela, poned un anillo en su mano y unas sandalias en sus pies. 23. Y traed un becerro cebado y matadlo, y comamos y alegrémonos, 24. porque este mi hijo, que había muerto ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado." Y se pusieron a celebrar la fiesta.

La buena disposición de alma que el joven tenía, reconociendo con humildad su error, fue suficiente para que el corazón del padre rebosara de alegría e hiciera los arreglos para una gran celebración. Acentuando por tercera vez la alegría de Dios al perdonar - personificado aquí por el padre - Nuestro Señor también nos enseña en este pasaje como el verdadero arrepentimiento puede dar al alma un mayor grado de gracia al perdido con los pecado ⁵, ya que el joven nunca había sido honrado con una fiesta de tal importancia cuando vivía en casa, antes de partir.

³ SANTO AGOSTINHO. Epistolæ ad Romanos inchoata expositio, n.9. In: Obras. Madrid: BAC, 1959, v.XVIII, p.76.

⁴ SANTO AFONSO MARIA DE LIGÓRIO, op. cit., p.699-700.

⁵ Cf. SÃO TOMÁS DE AQUINO. Suma Teológica. III, q.89, a.2.

Un hijo sin amor al padre

25. «El hijo mayor se hallaba en el campo y, cuando, de vuelta, se acercaba a la casa, oyó la música y las coros; **26.** y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. **27.** El le dijo: "Ha vuelto tu hermano y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, porque le ha recobrado sano." **28a.** Él se irritó y no quería entrar.

Sería comprensible que, en un primer momento, el impacto de la fiesta generara cierta indignación del hijo mayor, que le traen a la mente la ingratitud de su hermano a su padre y el profundo disgusto que este había sufrido a causa de ello. Sin embargo, al enterarse de la alegría en que su padre estaba por el regreso de su hermano, debería controlarse, alegrarse también participando de la fiesta.

De acuerdo con la interpretación de San Jerónimo, esta mala reacción habría sido motivado por el materialismo del hermano mayor. No fue por amor a la virtud que él nunca abandonó a su padre, sino por conveniencia. En la casa de su padre, tenía garantizado la satisfacción de todas sus necesidades materiales. Fue un perfecto egoísta. Por eso nuestro Señor dice que él "estaba en el campo", es decir, dedicado "a las obras terrenales, lejos de la gracia del Espíritu Santo, ajeno a los designios de su padre."⁶

28b. pero su padre salió y le llamó. **29.** Él respondió y dijo a su padre: "¡Hace ya tantos años que te sirvo, sin jamás haber traspasado tus mandatos, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos; **30.** y al venir este hijo tuyo, que ha consumido su fortuna con meretrices, le matas un becerro cebado!"

Esta respuesta descarada confirma que se trata de una sublevación, no en contra de las locuras de su hermano, sino contra de la benevolente acogida del padre. Juzgando que es digno de recompensa, y el otro merecedor de castigo, se sintió ofendido al ver el acto bondad paterna actuar de manera diferente, no sólo perdona al ofensor, como también dándole muestras extremas de afecto. Es la reacción característica de los que nunca experimentaron los efectos del perdón y no consiguen comprender la misericordia con la cual otros son tratados.

Aviso a los que rechazan la misericordia

31. «Él le dijo: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todos mis bienes tuyos son; **32.** mas era preciso hacer fiesta y alegrarse, porque este tu hermano estaba muerto, y ha vuelto a la vida; se había perdido, y ha sido hallado."»

La bondad paterna insiste aquí en dejar claro el real motivo de la fiesta: no se trataba de un homenaje a los vicios del hermano derrochador, sino de una manifestación de alegría por su regreso.

⁶ SÃO JERÓNIMO. Epistola ad Damasum XXI, 28. In: Cartas. Madrid: BAC, 1962, v.I, p.143.

III - CONCLUSIÓN

Por último, en esta parábola, Jesús quiere reprender a los que se creen muy sabios, pero tienen dificultades para entender cómo Dios actúa. Ellos viven de acuerdo con el mundo, por lo que no entienden los designios divinos. Nuestro Señor también alerta a todo lo que se cierra al perdón, como si dijese: "Yo conozco tus pecados desde toda la eternidad, y deseo perdonarlos, así como perdono a estos que recurren a Mí. Sin embargo, Uds. rechazan recibir mi compasión y se revelan al ver que otros se benefician de ella. Actuando de este modo, ponen en riesgo su salvación porque a los que rechazan la misericordia en esta vida está reservado mi juicio en la eternidad".



Oración final a la Divina Misericordia

¡Oh! Dios, cuya misericordia es infinita y cuyos tesoros de compasión no tiene límites, míranos con vuestro favor y aumenta vuestra misericordia en nosotros, para que en nuestras grandes ansiedades no desesperemos, sino que siempre, con gran confianza, nos conformemos con vuestra santa voluntad, igual e idéntica a vuestra misericordia. Por nuestro Señor Jesucristo, Rey de misericordia, que contigo y con el Espíritu Santo manifiestan misericordia de nosotros para siempre. Amén.

Apostolado del Oratorio – Devoción de los Primeros Sábados

Informativo destinado a los coordinadores del

Apostolado del Oratorio

Divulgación restricta

Heraldos del Evangelio heraldos@heraldos.org.mx